

DE PINTURA

Por MIGUEL MOYA HUERTAS

plástica cuya solvencia sea suficiente para disfrazar, y aun sublimar, ese defecto, hallará el estilo que es siempre un síntoma. Cuando un pintor es plenamente derrotado por el lastre de un defecto y vuelve reiterada y abusivamente sobre él, entonces puede decirse que ha caído en desgracia, que se refugia en la enfermedad, que se lia amanerado, que practica con acento desproporcionado y anómalo un «ismo».

La Exposición de Beltrán Massés revela el caudal de la pincelada erudita, la riqueza fastuosa del colorido, la particular novedad en la construcción de algunas composiciones. Se trata de un gran pintor español, triunfante en los salones del éxito. La *Dama del sombrero verde*, el *Retrato del diplomático Artero* y la *Mujer con mantilla* son tres hallazgos de concepto y de modulación del volumen. Ya dijimos por qué no era Beltrán un pintor «literario». Ahora basta con apuntar que no recurre a recetas y, sobre todo, a recetas fáciles. Acerca de la atmósfera parisina que rodea a Beltrán y de la que Beltrán ha sabido rodearse, escribió Federico García Sancliz una crónica admirable y exacta, cuyo título es hartamente elocuente: *El divo de la pintura*.

LOS BODECONISTAS

Serra, Sisquella y Durancamps ensayan las extralimitaciones de la naturaleza muerta. Cada cual sigue un método diferenciable de los dos restantes, pero que coincide con ellos en una deliberada liberación del cotidiano marco que poseen las cosas en el cuadro de género. Yo veo tres intentos de superación de la hortaliza, del vaso de vino y de la chuleta sangrante. Los pintores catalanes se han propuesto algo más que una simple excitación del apetito digna de armonizar con el que reúne en torno a la mesa a los señores invitados. No se trata de cuadros aperitivos aptos para el decoro del comedor. Durancamps pinta a la maravilla y como quiere—porque puede—las carnes, el cristal y el pescado. Pero consigue efectos de altura simbólica en la composición y de profundidad en la perspectiva que para nada se relacionan con el modo usual y vulgar de los bodegonistas de pimienta y pastel de liebre. Durancamps no trae al cuadro el botín de una incursión en la huerta y en el mercado con objeto de complacerse y de satisfacerse con un escaparate plástico de peces y verduras. Lo que hace Durancamps—heredero colorista del tenebrismo español—es presentar en dos zonas de luz y sombra, respectivamente, las cosas que le dan pretexto para una valoración de color y de términos y para una ordenación perfecta de todo el repertorio natural. Durancamps es un clásico a sabiendas, como Serra es un romántico y Sisquella un barroco. Durancamps, pintor de condiciones realmente excepcionales, procura ver el matiz y sistematizar con magistral sentido el conjunto de los caracteres sensibles. Por su modo de atribuir el accidente a lo sustancial—este reflejo de plata del cuchillo al cuchillo mismo—logra definir con nitidez de pincel absoluta cada elemento del cuadro. Y tanto por causa de esta habilidad exenta de plagio, cuanto por el orden que imprime a la entera composición, merece el apelativo de clásico. Sabe ver y sabe ordenar. Es un pintor extraordinario que rebasa con mucho el nivel medio de la pintura española actual.

Sisquella es barroco. En contraposición a esa perdiz sucinta y solitaria que ha pintado Durancamps cuando el ave rinde su último suspiro, el bodegón favorito de Sisquella comprende una suma de hechos pictóricos independientes que se recomponen y se solidarizan en la manimidad dinámica del barroco. El bodegón de Sisquella es una catarata premeditada de impresionante relumbrón. La manera de imaginar la anécdota redimiéndola de su apariencia banal y la razón plástica que rompe en el cuadro los moldes

Continúa en la página 70



ROSARIO DE VELASCO. *Mujer con mantilla*



ROSARIO DE VELASCO. *Retrato de niño*



DURANCAMPS. *Bodegón*



SERRA. *Bodegón*